

hibe la religion, que cree y debe creer, porque así se lo enseñan y mandan las leyes y las costumbres. La perfeccion social es tal, respecto á este individuo, que le precisa indispensablemente á prolongar su misera é in-

útil existencia, sin poseer ni gozar nada ni nunca. Envuelto en melancólicas ideas, abandoné la funcion patriótica, y retiréme, casi arrepentido de contribuir á lo que llaman bien público. — JOSÉ SOMOZA.

POESÍAS ⁽¹⁾.

SONETOS.

I.

LA LIBERTAD.

Á Horacio Cocles.

Horacio, solo, en el angosto puente
Que entre la infamia y la virtud habia,
Detuvo el carro de Mavorte un dia,
Y á la injusta victoria osó hacer frente.
Su fatal rueda opuso inútilmente
La ciega diosa que los hados guia;
Contra ella un pecho en que el honor ardia
Fué á la salud de Roma suficiente.
Muestran las ondas su profundo abismo
En vano; de las líquidas mansiones
Sale y sostiene al héroe el dios del Tibre.
El justo, el bueno, el dueño de sí mismo
Contra la adversidad y las pasiones
Así lidia, así vence y así es libre.

II.

A la primera violeta de la primavera.

Naces de planta inculca, flor modesta,
Con la viciosa zarza confundida,
Por el ingrato cierzo sacudida,
A la inclemencia del invierno expuesta.
Solitaria, olvidada, humilde, honesta,
Entre lóbregas nieblas escondida;
Nueva esperanza, empero, y nueva vida
Va en tu aroma al desierto, y es floresta.
A tu fragante olor rie natura,
Huye el genio del mal del yerto suelo,
Torna Céforo, Amor, Pomona y Céres.
Anuncio de bonanza y de ventura,
De la aterida humanidad consuelo,
Y amable imagen de la virtud eres.

III.

Deslumbra al mundo el templo de la gloria,
Do mil héroes contempla colocados,
Que en el bronce y el mármol entallados,
Le presenta la fábula ó la historia.
Carros de triunfo, palmas de victoria,
Trofeos sobre tumbas levantados
Son los funestos timbres destinados
A recordarnos su fatal memoria.
No allí el genio del bien á tí propicio
¡Oh humanidad! se adora; en el olvido
Yacen, sin ser de reverencia objeto,
Los fuertes, que, invencibles contra el vicio,

(1) Publicamos todas las poesías que en 1842 dió á luz el mismo SOMOZA, y además no pocas inéditas, cuyos autógrafos tenemos á la vista. Sólo hemos suprimido algunas, escritas para la intimidad, las cuales, en su familiar desenvoltura, van más allá de lo que consienten los fueros de la publicidad. (Nota del Colector.)

En la humildad ó sobre el trono han sido,
Sócrates, Marco Aurelio y Epicteto.

IV.

¿Quieres vivir por el placer mecido?
¿Ver sentada á tu mesa la alegría?
¿Gozar cuando en el mar se apaga el dia,
Lecho que el Dios del sueño haya mullido?
¿Que arregle la salud cada latido
De tu pulso, y conserve su armonía?
¿Que contra el tedio y la melancolia
Tu pecho de Minerva esté asistido?
¿Quieres clavar la rueda á la fortuna?
¿La fama hacer volar de gente en gente?
¿Dar á la envidia el tártago amargoso?
¿Quieres, en fin, sin miedo á ley alguna,
En leda holganza y con serena frente
Del mundo disfrutar? Sé virtuoso.

V.

Cuando en la siesta, sobre fresco estrado,
Sombra y reposo á Lesbia da su estancia,
Un dichoso clavel le da fragancia,
Entre el desnudo seno colocado.
Mécese el verde vástago, inclinado
Hacia la luz con singular constancia,
Por más que se la oculte la distancia,
O cancel persa y árabe entoldado.
Busca y sigue el reflejo vacilante,
Y del cáliz en púrpura teñido,
Aroma delicioso ofrece al dia.
Flor en tu pecho, Lesbia, semejante
A la virtud del pecho bien nacido,
A quien verdad alumbra y honor guia

VI.

Contemplo, Lesbia, y no me canso de ello,
Tus ojos, donde duerme Amor armado;
Tu boca, en que las Gracias han besado,
Después de modelar tu rostro bello.
La cabeza elegante, el albo cuello,
El seno blandamente acariciado
Por las alas del céfiro, que osado
Vaga entre las madejas del cabello.
Inclinacion á la virtud me infunde
Cada accion tuya, en cada movimiento
Celeste beatitud contemplar creo,
O luz que inunda y en placer confunde
Del fanático el torvo pensamiento
Y el espíritu fuerte del ateo.

VII.

La que ha de enamorarme ha de ser bella,
Pero sencilla, afable, bondadosa;
No altiva ni cruel, como la diosa
Que cuesta vidas acercarse á ella.
Driada agreste, y no gentil doncella,

En que asilo sagrado y santo templo
Contra la envidia á la inocencia fuiste.

XII.

Hoy la pobreza á caminar nos lleva
Por senda que á escarpada cumbre guia,
Do la virtud á la sabiduría
Llama, y el temple de las almas prueba.
Terror vence al mortal, si en region nueva,
Por incógnito mar y zona fria,
A penetrar do no penetra el dia,
Entre sierras de hielo el ferro leva.
Tal al verte, oh pobreza, se apodera
Del vil que merecete así acreditada;
El fuerte, el sabio, sin pesar, sus dones
Devuelve á la fortuna que los diera,
Y que al quitarlos solamente quita
Vicios al malo, al bueno obligaciones.

XIII.

La luna mientras duermes te acompaña,
Tiende su luz por tu cabello y frente,
Va del semblante al cuello, y lentamente
Cumbres y valles de tu seno baña.
Yo, Lesbia, que al umbral de tu cabaña
Hoy velo, lloro y ruego inútilmente,
El curso de la luna refulgente
Dichoso he de seguir, ó amor me engaña.
He de entrar cual la luna en tu aposento,
Cual ella al lienzo en que tu faz reposa,
Y cual ella á tus labios acercarme;
Cual ella respirar tu dulce aliento,
Y cual el disco de la casta diosa,
Puro, trémulo, mudo retirarme.

XIV.

Á CECILIA.

Bendiga el cielo tu inocente vida,
En cultivar las artes empleada,
Placer honesto en paternal morada
Goces y des, por buenos aplaudida.
La perfeccion, á pocas concedida,
Logres, al clave y bastidor sentada,
Do tu voz por Euterpe es modulada,
Por Minerva tu mano dirigida.
Si aprovechas, Cecilia, el dón amable
Con que el númen del bien te favorece,
Dedicada á tan nobles ejercicios,
Ni serás juego de fortuna instable,
Ni victima cual mil que el mundo ofrece
Del tedio, del pesar y de los vicios.

XV.

El llanto de tus ojos abundante,
Que las luengas pestañas humedece,
Es la lluvia de Mayo, que oscurece
La luz del sol, y pasa en breve instante.
Es el iris que en bóveda brillante,
Vida, abundancia y paz al mundo ofrece,
Mientras el cáliz de las flores mece
Blando beso de céfiro fragante.
Así tu llanto al infeliz recrea,
Anuncio fausto de beneficencia,
De consuelo, de alivio, de contento.
Nunca tu llanto menos dulce sea,
Ni te le arranque la infernal violencia
De oprobio, envidia ni remordimiento.

XVI.

Llega, rayo de sol, que lentamente
Vienes á esta prision todos los dias,

Es la que al hombre como en selva umbrosa
Al tigre acecha en caza peligrosa
Para ofenderle ó evitar su huella.
Risa en los labios, paz en las miradas,
Dulzura en las razones, y en la frente,
Como en el pecho, honestidad sin arte,
Son las gracias con Vénus adoradas,
Y las que acompañándote igualmente
He de ver, oh virtud, al abrazarte.

VIII.

Al grabador Esteve, abriendo la lámina del cuadro de la Sed, pintado por Murillo, que existo en la Caridad de Sevilla.

En templo humilde, en lienzo oscurecido,
El númen de Murillo es admirado
Por el de Esteve, que medita osado
Robar su presa al tiempo y al olvido.
«A la inmortalidad restituido
El bello original, multiplicado
Irá, y á las edades consignado
En el metal de mi buril herido.»
Dijo; y luego á la empresa generosa
Aplicará la mente y diestra mano,
Su genio á honrar el genio consagrando.
Así Platon, la ciencia más preciosa
Benéfico legó al género humano,
Las lecciones de Sócrates copiando.

IX.

No envidies la ventura del malvado,
Aunque en torno danzar las Gracias veas,
Ni entre nubes de incienso dios le creas,
Cuando en olas de pompa va anegado.
Sus crímenes perennes á su lado
Mira alumbrados de infernales teas,
Y de Medusa las culebras feas
En la frente del bueco que ha insultado.
De Baco el brindis ledo le enfurece,
De Vénus le parece amargo el beso,
Veneno en el placer le ofrece el vicio,
La péndola del tiempo le estremece,
Gime de la mortal segur al peso,
Ve en la tumba la escala del suplicio.

X.

¿Es infierno la vida, ó limbo inerte?
Hoy estúpido el hombre, ayer alevé,
Frenético mañana, sandio en breve,
Ya en lela infancia, ya en caduca muerte.
Es falso el débil, es injusto el fuerte,
Sólo malignidad ó error le mueve,
En pasiones tenaz, en juicio leve,
Siempre en contradiccion, que nunca advierte.
Cadalso inmenso el mundo me parece,
Donde el género humano condenado
A errar, gemir y atormentarse creo;
Mas la virtud mi engaño desvanece,
Y me demuestra que el mortal honrado
No es verdugo jamas, ni jamas reo.

XI.

Cárcel, que opones inflexible reja
Á la inquietud siniestra del bandido,
Que, en pavorosa soledad hundido,
Consigo mismo á su pesar le deja;
Tras cien rastrillos al delito aleja
De la vista del bueno, y de su oído
Prolongado sollozo, hondo gemido,
Desesperada y blasfemante queja.
Salve, ¡oh mansion de tantos maldecidos!
Yo te bendigo, y veces mil contemplo
La oscura hiedra que tu muro viste,
Un tiempo recordando de mi vida,

Cifnes mis sienes pálidas y frías,
Y el ósculo de paz das á mi frente.
Llega; mas ¡ay, que alejas prontamente
Tu lumbre de estas bóvedas sombrías,
Donde ese dulce rayo que desvias
Me enlaza al universo únicamente!
Sol, cuya universal beneficencia,
Por el inmenso espacio difundida,
No agota el bien en tu fecundo seno,
¡Salve! y goza la excelsa preeminencia,
Al mísero mortal no concedida,
De ser impunemente recto y bueno.

XVII.

Densas nubes vomita el Occidente,
La noche en carro de ébano se sienta,
Vuela en alas de fuego la tormenta,
Hierva el rayo en la espuma del torrente;
La selva tala el huracan mugiente,
Tronchada cruje el haya corpulenta,
Rueda el risco al barranco y le acrecienta,
Los montes en el mar hundén su frente;
La luna en olas de tinieblas nada,
Es trono del relámpago la esfera,
Y el imperio del mal anuncia el trueno;
La luz y paz, que en hora bienhadada
El cielo al angustiado mundo diera,
Huye y se acoge al corazón del bueno.

XVIII.

Vagaba por el bosque amor llorando,
Perdido el tino, como niño y ciego;
Silvia, compadecida y á mi ruego,
Los brazos le tendió, pero callando.
El conocerla procuró, tentando
Rostro y cuello, y al seno tocó luego,
Que dócil Silvia se prestaba al juego,
Mil ímpetus de risa sofocando.
Mas la divina mano que indecisa
Entre las perfecciones vacilaba
De tal belleza, á tal exámen puesta,
Tropezó en dos hoyuelos que la risa
En torno de sus labios dibujaba,
Y entónces dijo Amor: «Mi madre es ésta.»

XIX.

Al señor don Agustín Argüelles, cuando, al volver del destierro,
le abrazó su amigo el autor.

Huyó el invierno, perezoso y lento,
Y cadenas de hielo echó al torrente;
Miróle un día el sol piadosamente,
Y al campo dió esperanza, espuma al viento.
Llevó en sus alas aquilon violento
Las nieblas del Océano inclemente,
Y alzó la luna su serena frente,
Y en las ondas refleja el firmamento.
Semejante á la luz en la pureza
Vuelve, y al firmamento semejante,
El pecho de invencible fortaleza,
Que hoy contra el pecho mio palpitante
Late, pues hoy en amistosos lazos
El honor de mi patria está en mis brazos.

XX.

A LOS DOS AZARAS (1).

En alas de su genio conducidos,
Á la inmortalidad son elevados,
Como Cástor y Pólux abrazados,
De Febo en las mansiones admitidos.

(1) Don José Nicolás de Azara, diplomático y hombre de estado;
don Agustín de Azara, naturalista.

No fueron héroes para el mal nacidos,
Ni doctos, en el aula ejercitados
De Jehová el velo á levantar osados,
Ni empiricos, de pueblos aplaudidos.
Fueron la gloria de la patria mia,
Los que al culto del bien se consagraron
Para felicidad de los mortales;
Y el sacerdocio en la sabiduría
Ejercieron los dos, pues enseñaron
Ciencia del mando y ciencias naturales.

XXI.

Á la señora doña Paula del Acebal de Arratia.

(1830.)

Rompe los lazos de prision impía
El pardo ruiseñor, y el bosque umbroso
Torna á alegrar su cántico armonioso
En el horror de la tiniebla fría.
Yo, así venciendo con tenaz porfía
El rigor de un decreto poderoso,
Vuelvo libre á gozar vida, reposo
En este asilo grato al alma mia.
Y complacido en el murmullo blando
Del raudal de esa fuente (2) cristalina,
Que la acacia (3) de Mila va ocultando,
Humilde imploro á la piedad divina,
Que, este día mil veces renovando,
Siembre de flores tu vivir, *Paulina*.

XXII.

Á la excelentísima señora doña Paula del Acebal de Huet.

La esperanza acompaña á la inocencia,
Por la esperanza la virtud existe,
Cuando su fuerte mano el mal resiste,
Cuando la tiende á la beneficencia.
Tú, esperanza del bien, la inteligencia
De la santa equidad al bueno diste,
Como á Colon los mares sometiste,
Y los cielos de Nêwton á la ciencia.
Tú das vida y calor y movimiento
Al mundo, á mundos mil, al universo,
A cuanto en el espacio á ver se alcanza,
Si en la profundidad del firmamento
Un infierno ha de haber para el perverso,
Será la eternidad sin esperanza.

Piedrahita, 28 de Abril de 1833.

XXIII.

LA DUDA.

Á mi señora doña Ramona del Acebal.

Á ruegos del amor, la idalia diosa
Sus gracias prestar quiso á la hermosura
De una mortal sensible, amable y pura,
Y en el regazo maternal dichosa.
Con su divina mano, poderosa,
Se descifró la mágica cintura,
Que el universo en llama de ternura
Fundé, y del cielo la mansion gloriosa.
En este ceñidor iba envolviendo
De la tierna doncella el pecho ileso
La maliciosa Vênus sonriendo,
Y despues que en sus lazos la hubo preso,
El beso del placer la dió, diciendo:
No sé si te doy paz en ese beso.

Piedrahita y Abril 21 de 1833.

(2) y (3) Alude á una fuente y una acacia del jardín de la casa paterna de la señora doña Paula.

XXIV.

Á la jura de la Constitución por S. M. la Reina, en 18 de Junio de 1837.

Yo vi á Cristina en el solemne día
Que cual reina la ley del bien juraba,
Donde senda de flores la guiaba
Y aura de bendiciones la seguía.
El beso de Dione aparecía
En su boca gentil si saludaba
Al pueblo, que por madre la aclamaba
Y de amor homenaje la ofrecía.
¡Salve!... ¡que el cielo en maldición confunda
Al infractor del pacto soberano,
Del trono y de la ley firme cimiento!
Entre la madre de Isabel segunda
Y el presidente del honor hispano
Un ángel escuchaba el juramento.

XXV.

Una hermosa á la luz del Himeneo (1).

Fué un tiempo tu beldad tan poderosa,
Que llegó á disculpar tu tontería;
La sandez en tu boca se aplaudía
Por salir entre el nácar y la rosa.
Cuando la edad á tu cabeza hermosa
La interior hermosura dar debía,
Amor me aseguró llegado el día
De hallar en ti mi suerte venturosa.
Obedecí á su voz, rogué impaciente
Que tu destino á mi destino unieses;
Mas cuando me alumbró la nupcial tea,
Cuando entre lo pasado y lo presente
Me pongo á comparar, ¡duño que fueses
Tan necia entónces como luégo fea!

XXVI.

EN LA MUERTE DE CECILIA (2).

(1839.)

«Cede en tu terca lid, débil anciano»,
Gritó la Muerte en el funesto día
En que su amable víctima me asia;
«Eres más ciego y más que yo inhumano.
»Hoy la eligió mi inexorable mano,
Porque serás mañana presa mia,
Y en mísero abandono gemiría
La cuitada á que asido estás en vano.»
Dijo; y hundió á la huérfana en la tumba,
Adonde el paso trémulo dirijo,
Donde en torno de mí la voz retumba
Que de muerte me anuncia el plazo fijo.
¡Oh soledad! sepúlteme clemente
El musgo y sombra y llanto de tu fuente.

XXVII.

VATICINIO (3).

De himeneo á la voz, la idalia diosa
Benéfica descende ya del cielo,
Y aplaude Mantua, y ve en el patrio suelo
La sacra huella en que nació la rosa.
De Citéres la risa poderosa
Sombras disipará de llanto y duelo,
La cipria mano entre el purpúreo velo
Recogerá la prenda venturosa;
La pondrá en su regazo, y descendiendo

(1) SOMOZA permaneció siempre soltero. Tal vez por eso escribió esta diatriba indirecta contra el matrimonio.

(2) Ahijada de SOMOZA.

(3) En este soneto, escrito por SOMOZA á los setenta años de edad, hay como un reflejo de otro titulado *La Duda*, compuesto muchos años antes (*Nota del Colector*.)

Su propio ceñidor, donde está impreso
De las gracias el dón, la irá envolviendo,
Y al amor español que así haya preso,
El beso maternal dará, diciendo:
«La paz y libertad va en ese beso.»

Piedrahita, 30 de Julio de 1850.

XXVIII.

LA LUZ ELÉCTRICA.

Á Prometeo Alcides ha vengado
Del negro buitre que sobre él tendía
El ala, y garra y pico hundido había
En el gigante al Cáucaso amarrado.
El genio se levanta, y denodado,
Su antorcha agita, y luz al mundo envía,
Y el mundo admira, y duda, y desconfía,
Que siglos de tinieblas le han cegado.
Hijos de la verdad, que en la alta ciencia
De la naturaleza estais leyendo
La ley que dicta y guarda el cielo mismo;
Númenes de la eterna omnipotencia
Sois, como Prometeo, conduciendo
Luz, electricidad y magnetismo.

XXIX.

Al fanático sacerdote que atentó á la vida de S. M. la Reina doña Isabel II.

La juventud, la gracia y la hermosura
Vi de una madre que en el templo oraba,
Y el fruto de Himeneo presentaba
Al cielo, agradeciendo su ventura.
La lealtad española ingénuo y pura
Sus votos une, y al Eterno alaba,
Por el dichoso instante que anhelaba,
Do Reina y pueblo mutuo amor se jura.
Pero un sér por las furias arrojado,
Entre la pompa, el fausto y galas y oro,
Quiso que el llanto y que la sangre brote.
¡En la inocencia se vengó del hado!
«¿Qué víctima más grata al dios que adoro?»
Dijo, y clavó el puñal el sacerdote.

XXX.

Á LA MAGDALENA.

*Unxit pedes Jesu, et exersit capillis suis
Et domus impleta est odore unguenti.*

Á la virtud, cuando habitára el suelo,
Su imperio la belleza sometía,
La faz encantadora que atraía
El mundo al sonreír, lloró ante el cielo.
Calmóse el huracan que en raudó vuelo
El mar de las pasiones embestia;
Fué la tiniebla luz, la noche día,
Alzando la verdad su eterno velo.
La paz logró en la tierra una victoria,
Y á las plantas del Justo por trofeos
Se vieron los placeres, los amores;
Las insignias del triunfo de más gloria,
Las armas de la lid de los deseos,
Suspiros, besos, lágrimas, olores.

ODAS.

I.

A FRAY LUIS DE LEÓN.

Al cielo, en fin, te alzaste,
Y en luz resplandeciente convertido,
Verás, cual anhelaste,

Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido (1).
Allí tu mente admira
La inmensidad de la celeste esfera,
Que en el espacio gira,
Y mole inútil fuera
Si en globos dividida no estuviera.
Cada astro luminoso,
En su nocturno brillo innumerable,
Rueda majestuoso
En zona invariable,
Separado á distancia incalculable.
¡Oh altura inconcebible!
Cada rayo de luz de allá enviado,
Cuando es acá visible,
Mil días ha empleado
En descender desde que fué lanzado.
Un ámbito profundo
Equilibra su peso y movimiento;
Es de un mundo otro mundo
Contrapeso y cimienta,
Que al universo entero dan asiento
Diferente y constante
Destino á cada globo le ha cabido,
Es fijo ó es errante,
Atrayente, atraído,
Impulsor de otro globo ó impelido.
Ya solitariamente,
Ya marcha de satélites cercado,
O de faja esplendente,
O en círculo ignorado,
De tenebroso manto rodeado.
Ya cometa encendido
Por los desiertos del espacio vaga,
O en mar de luz hundido
Su lumbre, que se apaga,
Renueva, y abrasar al mundo amaga.
De catástrofes tales
El teatro es el ámbito del cielo,
Mientras que á los mortales
En el oscuro suelo
Natura tiende de ignorancia el velo.
Un astro que perece,
Y mundos desquició en el firmamento,
Cual fósforo aparece,
Que ardió, corrió un momento,
Se apagó al horizonte ó llevó el viento;
Que es á nuestra flaqueza
El orbe de la tierra que habitamos,
Un mundo de grandeza,
Y único le admiramos,
Y los mundos cual átomos miramos.
Así nos envanece,
Átomo imperceptible, opaco y leve,
Globo un millón de veces
Menor que el que te mueve,
¡Oh del humano orgullo cárcel breve!
Calcinado planeta,
¡Qué antiguo cómo te agitó en su seno?
¡Qué funesto cometa?
¡Por qué, de escombros lleno,
Eres ceniza, escoria, vidrio y cieno?
¡Y es del hombre la cuna
Y el féretro este punto limitado?
¡Vivir en forma alguna,
De globo en globo alzado,
De perfeccion en perfeccion no es dado?
Si; que alternando un día
Con cuantos tienen en la luz su asiento,
La inmensa jerarquía
Del bien recorrer cuento,
Y eterna escala ve el entendimiento.

II.

AL RIO TÓRMES.

Tus márgenes en fuego
Vi en humo infernal envuelto el día.

(1) Versos de la oda de Leon á Felipe Ruiz.

Mavorte, en furor ciego,
¡Oh Tormes! detenía
Tus ondas, que de víctimas henchía.
De Arapiles famoso
Vi el campo de batalla, hoy convertido
En yermo silencioso,
Donde el ala ha tendido
El tiempo, que los males da al olvido,
Tu vega es hoy hollada
Por la raza que ignora lo pasado,
Y como sepultada
Otra raza ha quedado
En este cementerio dilatado,
Donde dió paz la muerte
Á las contrarias huestes y naciones,
Donde juntó la suerte
En pálidos montones
Cráneos de opuestas sectas y opiniones.
¡Ay! que no sólo al crimen
Y á la demencia este sepulcro encierra,
Ni á los que al bueno oprimen,
Ni á los que le hacen guerra,
Ni á los dominadores de la tierra.
Blanquean, olvidados,
Honrosos huesos de espáñoles brazos,
Contra el orgullo alzados,
Y que los viles lazos
Hicieran de los déspotas pedazos.
Despojos barre el viento
De juventud y gracia y hermosura,
Que el error de un momento
A eterna desventura
Trajo, de amor siguiendo la ley dura.
En pos de sus amantes
Las olas de la lid las alcanzaron,
Y cuellos y semblantes,
Y miembros que encantaron,
Al buitres del desierto abandonaron (2).
Guarda, piadoso río,
Sus restos.... grato á la virtud sincera
No fuera el canto mio
Si en él no maldijera
A esos que un vil error héroes creyera.

III.

EL SEPULCRO DE MI HERMANO.

Del tiempo la corriente
Los años y los siglos precipita;
Mas ¿dónde está su fuente?
¡En qué mar deposita
Los años y los siglos que nos quita?
Si al hombre fuera dado
Hundir su vista en la caverna oscura
Que tragó lo pasado,
Desde allí, por ventura,
Lograra ver la eternidad futura.
La misteriosa esfera
Del saber y virtud abarcara,
Y el término midiera
De la encantada vía
Que hácia su perfeccion los seres guía.
¡Por qué este mármol frio
No me muestra la huella silenciosa
Del caro hermano mio?
¡Con mano poderosa
La muerte entre los dos echó esta losa!
En ella suspiraba
Mientras la noche el manto tenebroso
Sobre mí desplegaba,
Y el viento quejumbroso
Dejaba los cipreses en reposo.
La luna, que se alzara,
Un débil rayo entonces enviando,
El sepulcro alumbrara,
Las sombras alargando
Y luz á mis cansados ojos dando.

(2) ¡Qué de españolas jóvenes, esposas ó amantes de oficiales franceses, perecieron en la retirada! (Nota del Autor.)

Vi alzar su incierto vuelo
Á una pintada mariposa en tanto,
Cual si para consuelo
Viniera, en mi quebranto,
A darme aliento y enjugar mi llanto;
Como si me dijera:
« Quien muertes llora, admire mi alegría;
Venci á la Parca fiera
Como á la noche el día;
Tres vidas cuenta ya la vida mia.
» Era gusano inerte,
Y hoy vuelo ante la luz como la aurora;
Que en la tumba la muerte
Mi existencia mejora,
Me da vida de amor, mis alas dora.»
¡Ay, mariposa bella,
Guíame por la escala de esperanza,
Que á la más alta estrella
Desde la tierra alcanza,
Y los seres de un mundo en otro lanza!

EPISTOLAS.

I.

Á UN AMIGO DISGUSTADO DEL MUNDO.

Quien desde su agujero ve riendo
Cual mundo nuevo la mundana bola,
Ese solo es el sabio, á lo que entiendo.
No le hará la fortuna la mamola,
Por querer, en su rueda encaramado,
Asir la mecha de su calva chola;
Ni rodará, de allí precipitado,
En honra, en fama, bienes y persona
Para siempre jamas descalabrado.
Todo el que sobre cívica corona
Saltar ha visto el popular chinarro,
Que vayan, dice, y busquen una mona
Por armar el hombro coge el carro
Al que, más generoso que prudente,
Logró sacarle del inmundo barro.
«El brazo se partió, grita la gente
Que dentro va; mas ¿quién le mete al necio
En armar el hombro de repente?»
Para no agradecer, rebaja el precio
El vulgo al beneficio, cuya suma
Con suma igual cancela de desprecio.
Pero apartemos pensamiento y pluma
De rancios apotegmas y triviales,
Más repetidos que del mar la espuma.
Supongo tus agravios sin iguales,
Cual los del estrujado entre paveses,
Por chiste de señores y juglares;
Supongo que de paz el beso dices
Al rucio, en cuya albarda caballero,
Del mundo huyendo vas y sus reveses.
Mas de la soledad en el sendero
Una sima oscurísima se ofrece,
A la incauta virtud despeñadero;
Antro fatal, que el ánimo entorpece,
Es la profundidad del egoísmo,
Do el corazón helado se endurece.
Ni basta que te libres de este abismo,
Pues hay otro más hondo todavía,
Boca funesta del infierno mismo.
Allí la criminal misantropía
Entre fantasmas lúgubres cavila,
Y acecha y aborrece y desconfía;
Y el centelleo del puñal que afila.
La estremece, y su sombra teme armada,
Y en delirante fiebre se aniquila.
Una senda aparece poco usada,
Que á la felicidad puede llevarte
De la agradable condicion privada:
No temas, si la emprendes, fatigarte;
Hallarás en pisarla complacencia,

Ni querrás luégo de ella desviarte.
La senda, en fin, de la beneficencia;
Por ella, en medianía deliciosa,
Útil harás y grata tu existencia.
Pero esta medianía misteriosa
Dorada en balde Horacio nos presenta,
Pues la encontramos píldora amargosa;
Píldora que al tragarla se revienta,
Y es porque el paladar está obstruido,
Y en estómagos débiles no asienta.
«¡Medianía! ¡oh placer! clama un perdido,
¡Cuán dichoso contigo yo viviera,
A quinientos ducados reducido!»
Mas téngalos por una vez siquiera;
Hétele en el garito: *Copo y gano*,
Grita, fulla, provoca una quimera,
Danle de palos, llega un escribano,
Va en una cuerda y en Melilla pára,
Donde á la medianía invoca en vano.
¡Pues aquel mayorazgo? ¡Con qué cara
Á graves cargos bajamente aspira,
Y en hacer antesalas no repara?
Con renta y sin afanes, ¡qué suspira!
La dulce medianía, según dice.
— ¿Has visto otra chulada?... pero mira;
La belleza que adora el infelice
Desmábase cual flor del cierzo ajada,
En viendo una berlina, y le maldice.
Olla española en fuente abigarrada,
Que la mesa del Cid honrar solía,
No la puede arrostrar la desdichada.
Así el buen hombre á la tesorería,
En tren corriendo de caballos píos,
Va á buscar la dorada medianía.
«Allá se avengan con sus desvarios,
Dirá con gravedad cierto sujeto,
Que yo he dado de mano ya á los míos.»
En vida independiente, ocio completo
Logro, de afán y de cuidado exento;
Mi única ocupacion, mi único objeto
Es el de cultivar mi entendimiento:
En verano el nativo campo gozo;
En el invierno la ciudad frecuento;
Y para ser feliz, pues aún soy mozo,
Lo que me falta conseguir espero,
Sin que presuma ser de ciencia un pozo:
Pasar por la capilla es lo que quiero,
Y doctor salmantino he de firmarme.
«¡Quién es ese pedante majadero,
» De risa muerto, vas á preguntarme,
Cuya felicidad del grado espera?
Nómbramele, que quiero, por holgarme,
» La borla tremolar en su mollera
Con que Almagro á sus recuas condecora
A golpes de tambora titerera.»
¡Mas cuál te santiguaras si yo ahora
Callandito al oído te dijese,
Bajo el siglo que el pudor minora:
«Pues, amigo del alma, yo fui ése!!!»

II.

SOBRE LA FELICIDAD.

EN ESTRAMBOTES.

Dicesme que te parece
Cosa imposible decir:
¡Vi un dichoso!
Mas es porque le oscurece
Su retirado vivir
Silencioso;
Mientras que los descontentos
De su suerte en inquietud
Continúa están.
Su afán en sus movimientos
Y ruidosa multitud
Diciendo van;
Y juzgan falso y forzado
Y aparente aquel sosiego
Envidiable

Del sabio que no es llevado
En un torbellino ciego
Y mar mudable.

Al débil su estolidez
Felicidad no consiente
Disfrutar,
Ni al soberbio su altivez,
Ni el atrabiliario intente
A ella aspirar.

La felicidad no habita
En alma que estas pasiones
Aposenta.
Limpia mansion necesita
Y que de preocupaciones (1)
Esté exenta.

Las preocupaciones son,
En poética figura,
Las Arpias,
Que tienen el fatal dón
De tornar hiel la dulzura
De tus días.

A estos monstruos infernales
Pocos osan ausentarse
Ni hacer frente,
E intrépidos á los males (2)
Verdaderos, despreciar
Los aparentes.

La pompa, la elevación,
Dignidades y opulencia
Es la ventura
En la vulgar opinión,
Que juzga por la apariencia,
Y es locura.

¡Loco será el que se siente
En rueda que ha de volver
Fortuna instable!
¡Locura será que aumente
Su circunferencia un sér
Tan vulnerable!

Guarde el lidiador el pecho,
Puesto en perfil de tal suerte,
Que la espada
De adversidad menor trecho
Hallar pueda en que le acierte
La estocada (3).

Las artes y la lectura,
Los campestres ejercicios
Provechosos,
Son de posesión segura,
No caros como los vicios,
Ni azarosos.

Dado es al sabio un placer
De más estima, nobleza
Y calidad:
El estudio de su sér,
El de la naturaleza
Y la verdad.

Así, en las alas del genio
Del bien Sócrates llevado,
Elevó el vuelo;
De Newton así el ingenio,
Hasta la luz trasportado,
Midió el cielo.

Y aunque no á todo mortal
Dado sea conseguir
Tal beatitud,
Existe un bien sin igual,

(1) El que cree á Dios un tirano, ó que el honor se cuelga de una cinta, ó que la pobreza es afrenta, ó que las riquezas aumentan los goces hasta el infinito, etc., ha de pasarlo mal precisamente. (Nota del Autor.)

(2) No negarémos que hay males reales: no dirémos, como los estóicos, que no es real el dolor; pero queremos que el dolor real no sea agravado por la imaginación, y que una pisada de un tonto en una controversia no duela más que la dada por una hermosa en un baile. (Id.)

(3) El que para ser feliz necesita ser muy rico, estar muy condecorado, ocupar los puestos de más autoridad, ser amado de las más hermosas, y que éstas le sean las más fieles, es difícil que logre tantas cosas, y una sola que le falte es suficiente para hacerle infeliz. El mundo es como un teatro, en que el más gordo se halla más estrechado en el asiento y suda más que el delgado. (Id.)

No imposible de adquirir,
Que es la virtud (4).

CANCIONES.

I.

Á LA CASCADA DE LA PESQUERUELA (5).

¡Cómo te precipitas,
De peña en peña dando,
Torrente, y vas gastando
En espuma el raudal?
El cieno impuro agitas
Del lago, en que cayendo,
Le rompes con estruendo
Al ronco trueno igual.

Tu curso estrepitoso
Un insondable abismo
Cava para ti mismo
Con terco frenesí;
Y al fondo cavernoso,
Ciego, contigo lanzas
Cuanto en tu curso alcanzas,
Cuanto se acerca á ti.

Desnuda tu ribera
De trébol, musgo y flores
Dejas, y los amores
Turbas del ruiseñor.
Su nido en la bardera,
Sus polluelos alados
Son ¡ay! arrebatados
De tu embate al furor.

La tórtola otros ecos
Busca á su tierna queja,
Busca léjos la abeja
Sombra, silencio y paz:
Se ve de espinos secos
Tu contorno erizado,
Do el lobo está emboscado
Y el alcotán voraz.

A la hiedra que cerca
Tu roca trepar quiere
La inquieta cabra, y muere
Devorada, al subir.
¡Ay! del pastor que acerca
A tu sombra el ganado;
Su imprudencia el cuidado
Tiene que maldecir.

Ese orgulloso salto,
Ese continuo ruido,
¡A qué va dirigido?
¡A perderse en el mar!
Donde, de juicio falto,
Tu desvanecimiento
Corre á merced del viento,
Para siempre á vagar;

Mientras la humilde fuente
Al pie tuyo formada,
Benéfica y callada,
Regando el prado va;
Su trezada corriente
Oculta en la verdura,
Y abundancia y frescura
Al valle y selva da.

Si un tronco, si una peña
Su camino embaraza,
Les huye ó les abraza,
Burlando su intencion:
No en penetrar se empeña

(4) No se habla aquí de la virtud heroica, sino de la probidad, de la honradez, de la beneficencia, ejercida, no por deber, no por miedo, no por ostentación, sino por inclinación y por gusto, como gusta el ambiente de la primavera; como gusta ponerse ropa limpia. (Nota del Autor.)

(5) Hermosa hacienda del mayorazgo de SOMOZA. (Nota del Colector.)

La escondida maleza;
Sábila naturaleza
Guía su inclinación.

Ya por anchos canales,
Ya por rústica zanja,
Frutos dando á la granja,
Dando pompa al jardín;
Y en secos arenales
De yermos, que ameniza,
Su cauce se desliza,
Benéfica hasta el fin.

Su fin, tan apacible
Como el azul del cielo,
Que mientras regó el suelo
Se reflejaba en él;
El fin apetecible
De la vida del bueno,
De quien fué aquel sereno
Arroyo imagen fiel.

II.

Á LA LAGUNA DE GRÉDOS.

Entre escarpadas puntas
De una sierra nevada,
Sobre otra sierra alzada,
El hondo lago vi:
Vi el lago en que sepultas
¡Oh Grédos! mil torrentes,
Que elevadas pendientes
Hunden por siempre en tí.

Ruedan las olas dentro,
La salida buscando,
Y en derredor bramando
De su eterna prisión;
Pero luégo en su centro
Cesa el ruido espantoso;
Silencio pavoroso
Sigue á su agitación.

Tendió el ala en el polo
El viento del desierto,
Y el lago, al soplo yerto,
Es hielo inmóvil ya.
El cardo triste y solo
En su orilla nacido,
De Bóreas al silbido,
Sobre él huyendo va.

Densa niebla oscurece
Su cumbre, asiento eterno
Del trono del invierno,
Hijo del Septentrion.
Entre ella resplandece
Nevado el ventisquero,
Vuela en su reverbero
Deslumbrado el halcón.

Busca incierto su nido,
Y del etéreo cielo
La alba nieve del suelo
No acierta á distinguir.
La escarcha el pino erguido
Sacude inútilmente,
Sus ramas tristemente
Hace el peso crujir.

El águila despierta
Sobre el césped marchito
De la roca, y su grito
Vaga en la soledad.
¡Ay laguna desierta!
Ese témpano helado
Semeja del malvado
La insensibilidad.

La congelación fría
Del corazón humano,
Que el huracán insano
Del vicio endureció,
Luto y melancolía
Cubre el antro insondable,
Que en yermo inhabitable
El tiempo trasformó,
Muro de rocas cerca

La inaccesible orilla,
Do el rayo jamás brilla
De benéfica luz.
Jamás allí se acerca
Céfiro puro y blando,
En sus alas llevando
Esperanza y salud.

Su estéril esperanza,
Venenos de homicidas,
Que á las entumecidas
Viboras den vigor.
Plegue á naturaleza
En un temblor horrible
Hundirte, ¡oh insensible
Páramo de terror!

III.

Á UNA DESDEÑOSA.

No extrañara ¡oh desdeñosa!
El que mi amor te ofendiera,
Si yo la culpa tuviera
De que tú fueras hermosa.

Cuenta de mi inclinación
Pide á la naturaleza,
Que es quien te dió esa belleza,
Bajo de esta condición.

Como al sol le dió su lumbré,
No para que á él le adornase,
Sino para que enviase
Luz que al universo alumbré;

Así el cielo á tí también
Te dió beldad para mí,
Sin que dependa de tí
El que goce yo ese bien.

Sé yo gozar la fragancia
De las flores sin cogerlas,
Sin ajarlas, ni ponerlas
En mi seno ni en mi estancia.

Sé la frescura gozar
De las ondulantes fuentes,
Sin bañarme en sus corrientes
Ni su pureza enturbiar.

Y sé yo gozar del sueño
Entre alamedas amenas,
Sin pensar que son ajenas,
Ni curar quién es el dueño.

Sueñe mi temeridad
Ser dueño de tu hermosura,
Goce de ella mi ventura,
Y ten tú la propiedad.

Si á pocos satisfaría
Soñada la posesión,
Ilusión por ilusión,
Ménos molesta es la mía.

Molesta el niño llorando,
Si no alcanza, si no toca,
O si no lleva á la boca
La cosa que está mirando;

Y no hay forma de acordarse,
Cuando suspira por ella,
De cómo es la llama bella,
Y que el asirla es quemarse.

¡Quién sabe si yo también
Hubiera la llama asido,
Si no me hubiera tenido
Léjos de ella tu desden?

Te debo esa obligación,
Aunque sé que no lo has hecho
Por mirar á mi provecho
Ni tenerme compasión.

Mas déjate de guardar,
Como el avaro, el tesoro,
Que estando á la vista el oro,
Alguno le ha de robar.

Ni esperes que el amador
Te pida de amar licencia,
Mientras la correspondencia
No sea una ley de amor.